

respondió que hasta entonces no había reconocido á nadie por señor ni había sabido que nadie lo debiese ser; que verdad era que había cinco ó seis años que los de Tabasco, viniendo por allí por su tierra, le habían dicho cómo había pasado por allí un capitán con cierta gente de nuestra nación, y que los habían vencido tres veces en batalla, y que después les habían dicho que habían de ser vasallos de un gran señor, y todo lo que yo agora le decía; que le dijese si era todo uno. Yo le respondí que el capitán que los de Tabasco le dijeron que había pasado por su tierra, con quien ellos habían peleado, era yo; y para que creyese ser verdad, que se informase de aquella lengua que con él hablaba, que es Marina, la que yo siempre conmigo he traído, porque allí me la habían dado con otras veinte mujeres; y ella le habló y le certificó dello, y cómo yo había ganado á Méjico, y le dijo todas las tierras que yo tengo sujetas y puestas debajo del imperio de vuestra majestad, y mostró holgarse mucho en haberlo sabido, y dijo que él quería ser sujeto y vasallo de vuestra majestad, y que se ternía por dichoso de serlo de un tan gran señor como yo le decía que vuestra alteza lo es, y hizo traer aves y miel y un poco de oro y ciertas cuentas de caracoles coloradas, que ellos tienen en mucho, y diómelo, y yo asimismo le di algunas cosas de las mias, de que mucho se contentó, y comió conmigo con mucho placer, y después de haber comido, yo le dije cómo iba en busca de aquellos españoles que estaban en la costa de la mar, porque eran de mi compañía y yo los había enviado, y había muchos días que no sabía dellos; y por eso los venía á buscar; que le rogaba que él me dijese alguna nueva si sabía dellos: él me dijo que tenía mucha noticia dellos, porque bien cerca de donde ellos estaban tenía él ciertos vasallos suyos, que le servían de ciertos cacaguatales, porque era aquella tierra muy buena dellos, y que destos y de muchos mercaderes que cada día iban y venían de su tierra allá sabía siempre nuevas dellos, y que él me daría guía para que me llevasen adonde estaban; pero que me hacía saber que el camino era muy áspero, de sierras muy altas y de muchas peñas; que si había de ir por la mar, que no me fuera tan trabajoso: yo le dije que ya él vía que para tanta gente como yo conmigo traía y para el fardaje y caballos, que no bastarían navíos, que me era forzado ir por tierra; le rogué que me diese orden para pasar aquella laguna, y díjome que yendo por ella arriba hasta tres leguas se desechaba, y por la costa podía tomar al camino frontero de su pueblo, y que me rogaba mucho que ya que la gente se había de ir por acullá, que yo me fuese con él en las canoas á ver su pueblo y casa, y que vería quemar los ídolos, y le haría hacer una cruz; y yo, por darle placer, aunque contra la voluntad de los de mi compañía, me entré con él en las canoas con hasta veinte hombres, los mas dellos ballesteros, y me fui á su pueblo con él todo aquel día holgando, y ya que era casi noche me despedí dél, y me dió una guía, y me entré en las canoas, y me salí á dormir á tierra, donde hallé ya mucha de la gente de mi compañía que había bajado la laguna, y dormimos allí aquella noche. En este pueblo, digo en aquellas labranzas, quedó un caballo que se hincó un palo por el pié, y no pudo an-

dar; prometíome el señor de lo curar: no sé lo que hará.

Otro día, después de recogida mi gente, me partí por donde las guías me llevaron, y á obra de media legua del aposento dí en un poco de llano y cabaña, y después torné á dar en otro montecillo, que duró obra de legua y media, y torné á salir á unos muy hermosos llanos, y en saliendo á ellos, envié muy delante ciertos de caballo y algunos peones, porque si alguna gente oviese por el campo la tomasen, porque nos dijeron los guías que aquella noche llegaríamos á un pueblo, y en estos llanos se hallaron muchos gamos y alanceamos á caballo diez y ocho dellos, y con el sol y con haber muchos días que los caballos no corrían, porque nunca habíamos traído tierra para ello, sino montes, murieron dos caballos, y estuvieron muchos en harto peligro. Hecha nuestra montería, seguimos el camino adelante, y á poco rato hallé algunos de los corredores que iban delante parados, y tenían cuatro indios cazadores que habían tomado, y traían muerto un león y ciertas iguanas, que son unos grandes lagartos que hay en las islas; y destos me informé si sabían de mí en su pueblo, y dijeron que no, y mostráronme á su vista, que al parescer no podía estar de una legua arriba, y díme mucha priesa por llegar allá, creyendo que no habría embarazo alguno en el camino, y cuando pensé que llegaba á entrar en el pueblo y vi á la gente andar por él, fui á dar sobre un gran estero de agua muy hondo, y así me detuve y comencélos á llamar, y vinieron dos indios en una canoa y traían hasta una docena de gallinas, y llegaron así cerca de mí, que estaba dentro del agua hasta la cincha del caballo; y detuviéronse, que nunca quisieron llegar afuera; y allí estuve con ellos hablando gran rato asegurándolos, y jamás quisieron llegarse á mí, antes comenzaron á volverse al pueblo en su canoa, y un español que estaba á caballo junto conmigo puso las piernas por el agua y fué á nado tras ellos, y de temor, desampararon la canoa, y llegaron de presto otros peones nadadores y tomáronlos. Ya toda la gente que habíamos visto en el pueblo se habían ido dél, y pregunté á aquellos indios por dónde podíamos pasar, y mostráronme un camino que rodeando una legua arriba, se desechaba; fuimos aquella noche á dormir al pueblo que hay desde donde partimos aquel día ocho leguas grandes; llámase este pueblo Thecon, y el señor dél Amohan; aquí estuve cuatro días por bastecerme para seis días, que me dijeron los guías había de despoblado, y por esperar se viniera el señor del pueblo, que le envié á llamar y asegurar con aquellos indios que había tomado, y nunca él ni ellos vinieron; pasados estos días, y recogido el mas bastimento que por allí se pudo haber, me partí y llevé la primera jornada de muy buena tierra, llana y alegre, sin monte, sino algunos pedazos; y andadas seis leguas, al pié de unas sierras y junto á un río se halló una gran casa, y junto á ella otras dos ó tres pequeñas, y al rededor algunas labranzas, y dijéronme las guías que aquella casa era de Amohan, señor de Thecon, y que la tenía allí para venta, porque pasaban por allí muchos mercaderes. Allí estuve un día sin el que llegué, porque era fiesta, y por dar lugar á los que iban delante abriendo el camino, y se hizo en aquel río una muy hermosa pesquería,

que atajamos en él mucha cantidad de sabogas, y las tomamos todas, sin irsenos una de las que metimos en el atajo; y otro día me partí, y llevé la jornada de harto áspero camino, de sierras y montes, y así anduve siete leguas ó casi, de harto mal camino, y salí á unos llanos muy hermosos sin monte, sino algunos pinares. Duráronnos estos llanos otras dos leguas, y en ellos matamos siete venados, y comimos en un arroyo muy fresco que se hacía al cabo destos llanos, y después de haber comido comenzamos á subir un portezuelo, aunque pequeño, harto áspero, que de diestro subían los caballos con trabajo, y en la bajada dél hubo hasta media legua de llano, y luego comenzamos á subir otro, que en subida y bajada tuvo bien dos leguas y media, tan áspero y malo, que ningún caballo quedó que no se desherrase, y dormí á la bajada dél en un arroyo, y allí estuve otro día casi hasta hora de vísperas, esperando que se herrasen los caballos, y aunque había dos herradores y mas de diez que ayudaban á echar clavos, no se pudieron en aquel día herrar todos; y yo me fui aquel día á dormir tres leguas adelante, y quedaron allí muchos españoles, así por herrar sus caballos como por esperar el fardaje que por haber sido el camino malo y haberle pasado con mucha agua que llovía, no habían podido llegar. Otro día me partí de allí porque las guías me dijeron que cerca estaba una casería que se llama Asuncapin, que es del señor de Táica, y que llegaríamos allí temprano á dormir; y después de haber andado cuatro ó cinco leguas llegamos á la dicha casería y la hallamos sin gente, y allí me aposenté dos días, por esperar todo el fardaje y por recoger algun bastimento, y después me partí, y fui á dormir á otra casería que se llama Taxuytel, que está cinco leguas destota, y es de Amohan, señor de Thecon, donde había muchos cacaguatales y algun maíz, aunque poco y verde; aquí me dijeron las guías y el principal desta casería, que se hubo él y su mujer y aun su hijo, que habíamos de pasar unas muy altas y agrias sierras, todas despobladas, hasta llegar á otras caserías, que son de Cancee, señor de Táica, que se llaman Tenciz, y no reposamos aquí mucho; que luego otro día nos partimos, y habiendo andado seis leguas de tierra llana, comenzamos á subir el puerto, que fué la cosa del mundo mas maravillosa y que ver; decir la aspereza y fragosidad deste puerto y sierras, ni quien lo dijese lo podría significar, ni quien lo oyese lo podría entender, sino que sepa vuestra majestad que en ocho leguas que tuvo este puerto estuvimos en las andar doce días, digo en llegar los postreros al cabo dél, en que murieron sesenta y ocho caballos despeñados y dejarretados, y todos los demás vinieron heridos y tan lastimados, que no pensamos aprovecharnos de ninguno, y así murieron de las heridas y del trabajo de aquel puerto sesenta y ocho caballos, y los que escaparon estuvieron mas de tres meses en tornar en sí; en todo este tiempo que pasamos este puerto jamás cesó de llover de noche y de día, y eran las sierras de tal calidad, que no se detenía en ellas agua para poder beber, y padescíamos mucha necesidad de sed, y los mas de los caballos murieron por esta falta, y si no fuera porque de los ranchos y chozas que cada noche hacíamos para nos meter, que dellos cogíamos agua en cal-

deras y otras vasijas, que como llovía tanto había para nosotros y los caballos, fuera imposible escapar ningún hombre ni caballo de aquellas sierras. En este camino cayó un sobrino mio y se quebró una pierna por tres ó cuatro partes, que demás del trabajo que él rescibió, nos acrescentó el de todos, por sacarle de aquellas sierras, que fué harto dificultoso. Para remedio de nuestro trabajo hallamos, una legua antes de llegar á Tenciz, un muy gran río, que con las muchas aguas iba tan crecido y recio, que era imposible pasarlo, y los españoles que fueron delante habían subido el río arriba y hallaron un vado, el mas maravilloso que hasta hoy se ha oído decir ni se puede pensar, y es que por aquella parte se tiende el río mas de dos tercios de legua, porque unas peñas muy grandes que se ponen delante le hacen tender, y hay entre estas peñas angosturas por donde pasa el río, la cosa mas espantosa, de recia, que puede ser, y destas hay muchas que por otra parte no puede pasar el río sino por entre aquellas peñas, y allí cortábamos árboles grandes que se atravesaban de una peña á otra, y por allí pasábamos con tanto peligro asidos por unos bejucos que tambien se ataban de una parte á otra, que á resbalar un poquito, era imposible escaparse quien cayese. Había destos pasos hasta acabar de pasar el río hasta veinte y tantos, de manera que se estuvo en pasar el río dos días por este vado, y los caballos pasaron á nado por abajo, que iba algo mas mansa el agua, y estuvieron tres días muchos dellos en llegar á Tenciz, que no había, como digo, mas de una legua, porque venían tan mal tratados de las sierras, que casi los llevaban á cuestras, y no podían ir.

Yo llegué á estas caserías de Tenciz, víspera de pascua de Resurreccion, y mucha de la gente no llegó tres días adelante, digo, los que tenían caballos, que se detuvieron por ellos, y dos días antes que yo llegase habían llegado los españoles, que habían llevado la delantera, y hallaron gente en tres ó cuatro casas de aquellas, y tomaron veinte y tantas personas, porque estaban muy descuidadas de mi venida, y á aquellos pregunté si había algunos bastimentos, y dijeron que no, ni se pudieron hallar por toda la tierra, que nos puso en harta mas necesidad que traíamos, porque había diez días que no comíamos sino cuescos de palmas y palmitos, y aun destos se comían pocos, porque no traíamos ya fuerzas para cortarlos; pero díjome un principal de aquellas caserías que á una jornada de allí el río arriba, que lo habíamos de tornar á pasar por donde lo habíamos pasado, había mucha población de una provincia que se llama Tahuycal, y que allí había mucha abundancia de bastimentos de maíz y cacao y gallinas, y que él me daría quien me guiase allá: luego proveí que fuese allá un capitán con treinta peones y mas de mil indios de los que iban conmigo, y quiso nuestro Señor que hallaron mucha abundancia de maíz, y hallaron la tierra despoblada de gente, y de allí nos remediamos, aunque por ser tan lejos, nos proveíamos con trabajo.

Desde estas estancias envié con una guía de los naturales dellas ciertos españoles ballesteros, que fuesen á mirar el camino que habían de llevar hasta una pro-

vincia que se llama Acuculin y que llegaron á una aldea de la dicha provincia, que está diez leguas de donde yo quedé, y seis de la cabecera de la provincia, que se llama, como dije, Acuculin, y el señor della Acahuilguin, y llegaron sin ser sentidos, y de una casa tomaron siete hombres y una mujer, y volviéronse y dijeron que el camino era hasta donde ellos habían llegado algo trabajoso, pero que les había parecido muy bueno en comparación de los que habían pasado. Destos indios que trujeron estos españoles me informé de los cristianos que iba á buscar, y entre ellos venia uno natural de la provincia de Acalan, que dijo que era mercader, y tenía su casa de asiento de mercadería en el pueblo donde residían los españoles, que yo iba á buscar, que se llama el pueblo Nito, donde había mucha contratación de mercaderes de todas partes, y que los mercaderes naturales de Acalan tenían en él un barrio por sí, y con ellos estaba un hermano de Apaspolon, señor de Acalan, y que los cristianos los habían salteado de noche, y los habían tomado el pueblo y quitádoles las mercaderías que en él tenían, que eran en mucha cantidad, porque había mercaderes de muchas partes y que desde entonces que podía haber cerca de un año, todos se habían ido por otras provincias, y que él y ciertos mercaderes de Acalan habían pedido licencia á Acahuilguin, señor de Acuculin, para poblar en su tierra, y habían hecho en cierta parte que él les señaló un pueblezuelo donde vivían, y dende allí contrataban, aunque ya el trato estaba muy perdido después que aquellos españoles allí habían venido, porque era por allí el paso y no osaban pasar por ellos, y que él me guiaría hasta donde estaban, pero que habíamos de pasar allá junto á ellos un gran brazo de mar, y antes de llegar allí, muchas sierras y malas, y que había desde allí diez jornadas; holgué mucho con tener tan buena guía y hícele mucha honra y habláronle las guías que llevaba de Mazatcan y Táica, diciéndole cuán bien tratados habían sido de mí, y cuán amigo era yo de Apaspolon, su señor; y con esto parecía que él se aseguró mas, y fiándome de su seguridad, le mandé soltar á él y á los que con él habían traído, y con su confianza hice que se volviesen de allí las guías que traía y les di algunas cosillas para ellos y para sus señores, y les agradescí su trabajo, y se fueron muy contentos. Luego envié cuatro de aquellos de Acuculin con otros dos de los de aquellas caserías de Tenciz, para que fuesen á hablar al señor de Acuculin, y le asegurasen porque no se ausentase, y tras ellos envié los que iban abriendo el camino, y yo me partí desde allí á dos días por la necesidad de los bastimentos, aunque teníamos harta de reposar, en especial por amor de los caballos; pero llevando los mas dellos de diestro, nos fuimos, y aquella noche amaneció ido el que había de ser guía y los que con él quedaron, de que Dios sabe lo que sentí, por haber enviado las otras. Seguí mi camino, y fui á dormir á un monte cinco leguas de allí, donde se pasaron hartos malos pasos y aun se dejarretó otro caballo que había quedado sano, que hasta ahí lo está, y otro día anduve seis leguas, y pasé dos rios; el uno se pasó por un árbol que estaba caído, que atravesaba de la una parte á la otra, con que hicimos sobre él con que pasase la

gente para que no cayesen, y los caballos lo pasaron á nado, y se ahogaron en él dos yeguas; y el otro se pasó en unas canoas, y los caballos también á nado, y fui á dormir á una población pequeña de hasta quince casas todas nuevas, y supe que aquellas eran donde los mercaderes de Acalan que habían salido deste pueblo, donde los cristianos están, habían poblado. Allí estuve yo un día esperando recoger la gente y fardaje, y envié delante dos compañías de caballos y una de peones al pueblo de Acuculin, y escribiéronme cómo lo habían hallado despoblado, y en una casa grande que es del señor habían hallado dos hombres, que les dijeron que estaban allí por el mandado del señor, esperando á que yo llegase para se lo ir á hacer saber, porque él había sabido de mi venida de aquellos mensajeros que yo le había enviado desde Tenciz, y que él holgaba de verme, y venia en sabiendo que yo era llegado, y que se había ido el uno dellos á llamar al señor y á traer algun bastimento, y el otro había quedado. Dijeron habían hallado cacao en los árboles, pero que no habían hallado maíz; pero que había un razonable pasto para los caballos. Como yo llegué á Acuculin, pregunté si había venido el señor ó vuelto el mensajero, y dijéronme que no, y hablé al que había quedado, preguntándole cómo no habían venido; respondiéndome que no sabía, y que él también estaba esperando dello; pero que podría ser que oviese aguardado á saber que yo fuese venido, y que agora que ya lo sabré. Esperé dos días, y como no vino, torné á hablar, y díjome que él no sabía qué era la causa de no haber venido, pero que le diese algunos españoles que fuesen con él; que él sabía dónde estaba y que lo llamarían; y luego fueron con él diez españoles, y llevólos bien cinco leguas de allí por unos montes, hasta unas chozas que hallaron vacías, donde, según dijeron los españoles, parecía bien que había estado gente poco había, y aquella noche se les fué la guía y se volvieron; quedé del todo sin guía, que fué harta causa de doblarnos los trabajos, y envié cuadrillas de gente, así españoles como indios, por toda la provincia, y anduvieron por todas las partes della mas de ocho días, y jamás pudieron hallar gente ni rastro della, sino fueron unas mujeres, que hicieron poco fruto á nuestro propósito, porque ni ellas sabían camino ni dar razón del señor ni gente de la provincia, y una dellas dijo que sabía un pueblo dos jornadas de allí, que se llamaba Chianteca, y que allí se hallaría gente que les diese razón de aquellos españoles que buscábamos, porque había en el dicho pueblo muchos mercaderes y personas que trataban en muchas partes; y así, envié luego gente, y á esta mujer por guía, y aunque era el pueblo dos jornadas buenas de donde yo estaba, y todo despoblado y mal camino, los naturales dél estaban ya avisados de mi venida, y no se pudo tomar tampoco guía. Quiso nuestro Señor que estando ya casi sin esperanza, por estar sin guía y porque de la aguja no nos podíamos aprovechar, por estar metidos entre las mas espesas y bravas sierras que jamás se vieron, sin hallar camino que para ninguna parte saliese, mas del que hasta allí habíamos llevado, que se halló por unos montes un muchacho de hasta quince años, que preguntando, dijo que él nos guiaría hasta unas estancias de

Taniha, que es otra provincia que llevaba yo en mi memoria que había de pasar; las cuales estancias dijo estar dos jornadas de allí, y con esta guía me partí, y en dos días llegué á aquellas estancias donde los corredores que iban delante tomaron un indio viejo, y este nos guió hasta los pueblos de Taniha, que están otras dos jornadas adelante, y en estos pueblos se tomaron cuatro indios, y luego como les pregunté me dieron muy cierta nueva de los españoles que buscaba, diciendo que los habían visto y que estaban dos jornadas de allí en el mismo pueblo que yo llevaba en mi memoria, que se llama Nito, que por ser pueblo de mucho trato de mercaderes, se tenía dél mucha noticia en muchas partes, y así me la dieron dél en la provincia de Acalan, de que ya á vuestra majestad he hecho mención, y aun trujéronme dos mujeres de las naturales del dicho pueblo Nito, donde estaban los españoles; las cuales me dieron mas entera noticia, porque dijeron que al tiempo que los cristianos tomaron aquel pueblo ellas estaban en él, y como los saltearon de noche, las habían tomado entre otras muchas que allí tomaron, y que habían servido á ciertos cristianos dellos, los cuales nombraban por sus nombres.

No podré significar á vuestra majestad la mucha alegría que yo y todos los de mi compañía tuvimos con las nuevas que los naturales de Taniha nos dieron, por hallarnos ya tan cerca del fin de tan dudosa jornada como la que tratamos era, que aunque en aquellas cuatro jornadas que desde Acuculin allí trujimos se pasaron innumerables trabajos, porque fueron todas sin camino y de muy ásperas sierras y despeñaderos, donde se despeñaron algunos de los caballos que nos quedaron, y un primo mio que se dice Juan de Avalos rodó él y su caballo una sierra abajo, donde se quebró un brazo, y si no fuera por las platas de un arnés que llevaba vestido, que le defendieron de las piedras, se hiciera pedazos, y fué harta trabajoso de tornar á sacar arriba, y otros muchos trabajos, que serian largos de contar, que aquí se nos ofrecieron, en especial de hambre, porque aunque traía algunos puercos de los que saqué de Méjico, que aun no eran acabados, había mas de ocho días, cuando á Taniha llegamos, que no comíamos pan, sino palmitos cocidos con la carne, y sin sal, porque había muchos días que nos había faltado, y algunos cuescos de palmas; y tampoco hallamos en estos pueblos de Taniha cosa ninguna de comer, porque como estaba tan cerca de los españoles, estaban despoblados mucho había, creyendo que habían de venir á ellos, aunque desto estaban bien seguros, según yo hallé á los españoles, y con las nuevas de hallarnos tan cerca, olvidamos todos estos trabajos pasados, y púsonos esfuerzo para sufrir los presentes, que no eran de menos condición, en especial el de la hambre, que era el mayor, porque aun de aquellos palmitos sin sal no teníamos abasto, porque se cortaban con mucha dificultad de unas palmas muy gordas y altas, que en todo un día dos hombres tenían que hacer en cortar uno, y cortado, le comían en media hora.

Estos indios que me dieron las nuevas de los españoles, me dijeron que hasta llegar allá había dos jornadas de mal camino, y que junto con el dicho pueblo de Nito, donde los españoles estaban, estaba un muy gran río

que no se podía pasar sin canoas, porque era tan ancho, que no era posible pasarse á nado. Luego despaché quince españoles de los de mi compañía, á pié, con una de aquellas guías, para que viesen el camino y el río, y mandéles que trabajasen de haber alguna lengua de aquellos españoles sin ser sentidos, para me informar qué gente era, si era de la que yo había enviado con Cristóbal de Olid ó Francisco de las Casas, ó de la de Gil Gonzalez de Avila; y así fueron, y el indio los guió hasta el dicho río, donde tomaron una canoa de unos mercaderes, y tomada, estuvieron allí dos días escondidos, y á cabo deste tiempo salió del pueblo de los españoles, que estaba de la otra parte del río, una canoa con cuatro españoles que andaban pescando, á los cuales tomaron sin se les ir ninguno y sin ser sentidos en el pueblo, los cuales me trujeron y me informé dellos y supe que aquella gente que allí estaba eran de los de Gil Gonzalez de Avila, y que estaban todos enfermos y casi muertos de hambre, y luego despaché dos criados míos en la canoa que aquellos españoles traían, para que fuesen al pueblo de los españoles con una carta mia en que los hacía saber de mi venida, y que yo me iba á poner al paso del río, y que les rogaba mucho allí me enviasen todo el aderezo de barcas y canoas, y que pasase; é yo me fui luego con toda mi compañía al dicho paso del río, que estuve tres días en llegar á él, y allí vino á mí un Diego Nieto, que dijo estar allí por justicia; me trujo una barca y una canoa, en que yo con diez ó doce pasé aquella noche al pueblo, y aun me vi en harta trabajo, porque nos tomó un viento al pasar, y como el río es muy ancho allí á la boca de la mar, por donde lo pasamos, estuvimos en mucho peligro de perdernos, y plugo á nuestro Señor de sacarnos á puerto. Otro día hice aderezar otra barca que allí estaba, y buscar mas canoas y atarlas de dos en dos, y con este aderezo pasó toda la gente y caballos en cinco ó seis días.

La gente de españoles que yo allí hallé fueron hasta sesenta hombres y veinte mujeres, que el capitán Gil Gonzalez de Avila allí había dejado; los cuales los hallé tales, que era la mayor compasión del mundo de los ver, y de ver las alegrías que con mi venida hicieron, porque en la verdad, si yo no llegara, fuera imposible escapar ninguno dellos; porque, demás de ser pocos y desarmados y sin caballos, estaban muy enfermos y llagados y muertos de hambre, porque se les acababan los bastimentos que habían traído de las islas y alguno que habían habido en aquel pueblo cuando lo tomaron á los naturales dél; y acabados, no tenían remedio de donde haber otros, porque no estaban para irlos á buscar por la tierra, y ya que trujeron, estaban en tal parte asentados, que por ninguna tenían salida, digo que ellos supiesen ni pudiesen hallar, según se halló después con dificultad; y la poca posibilidad que en ellos había para salir á ninguna parte, porque á media legua de donde estaban poblados jamás habían salido por tierra; y vista la gran necesidad de aquella gente, determiné de buscar algun remedio para los sostener en tanto que le hallaba para poderlos enviar á las islas, donde se aviasen; porque de todos ellos no había ocho para poder quedar en la tierra, ya que se hiciese de poblar; y luego de la gente que yo truje envié por muchas partes por la mar

en dos barcas que allí tenían y en cinco ó seis canoas, y la primera salida que se hizo fué á una boca de un río que se llama Yasa, que está diez leguas deste pueblo, donde yo hallé estos cristianos hácia el camino por donde había venido, porque yo tenía noticia que allí había pueblos y muchos bastimentos; y fué esta gente, y llegaron al dicho río, y subieron por él seis leguas arriba, y dieron en unas labranzas asaz grandes, y los naturales de la tierra sintieronlos venir y alzaron todos los bastimentos que tenían por unas caserías que por aquellas estancias había, y sus mujeres y hijos y haciendas y ellos se abcondieron en los montes; y como los españoles allegaron por aquellas caserías, dicen que les hizo una grande agua, y recogieronse á una gran casa que allí había, y como descuidados y mojados, todos se desarmaron, y aun muchos se desarmaron para enjugar sus ropas y calentarse á fuegos que habían hecho; y estando así descuidados, los naturales de la tierra dieron sobre ellos, y como los tomaron desapercibidos, hirieron muchos dellos de tal manera, que les fué forzado tornarse á embarcar y venir de donde yo estaba, sin mas recaudo del que habían llevado y como vinieron. Dios sabe lo que yo sentí, así por verlos heridos y aun algunos dellos peligrosos, y por el favor que á los indios quedaria, como por el poco remedio que trujeron para la gran necesidad en que estábamos.

Luego á la hora en las mismas barcas y canoas torné á embarcar otro capitán con mas gente, así de españoles como de los naturales de Méjico que conmigo fueron, y porque no pudo ir toda la gente en las dichas barcas, hícelos pasar de la otra parte de aquel gran río que está cabe este pueblo, y mandé que se fuesen por toda la costa, y que las barcas y canoas se fuesen tierra á tierra junto con ellos para pasar los ancones y rios, que hay muchos, y así fueron y llegaron á la boca del dicho río, donde primero habían herido los otros españoles, y volviéronse sin hacer cosa ninguna ni traer recaudo de bastimento, mas de tomar cuatro indios que iban en una canoa por la mar; y preguntados cómo se venían así, dijeron que con las muchas aguas que hacia, venía el río tan furioso, que jamás habían podido subir por él arriba una legua, y que creyendo que amansara, habían estado esperando á la baja ocho días sin ningún bastimento ni fuego, mas de frutas de árboles silvestres, de que algunos vinieron tales, que fué menester harto remedio para escaparlos. Videme aquí en harto aprieto y necesidad, que si no fuera por unos pocos de puercos que me habían quedado del camino, que comíamos con harta regla y sin pan ni sal, todos nos quedáramos aislados: pregunté con la lengua á aquellos indios que habían tomado en la canoa, si sabían ellos por allí á alguna parte donde pudiésemos ir á buscar bastimentos, prometiéndoles que si me encaminasen donde los hubiese que los pondría en libertad, y demás les daría muchas cosas; y uno dellos dijo que él era mercader y todos los otros sus esclavos, y que el había ido por allí de mercadería muchas veces con sus navíos, y que él sabía un estero que atravesaba desde allí hasta un gran río, por donde en tiempo que hacia tormentas y no podían navegar por la mar, todos los mercaderes atravesaban, y que en aquel río había muy grandes poblacio-

nes y de gente muy rica y abastada de bastimentos, y que él los guiaria á ciertos pueblos donde muy cumplidamente pudiesen cargar de todos los bastimentos que quisiesen; y porque yo fuese cierto que él no mentía, que le llevase atado con una cadena, para que si no fuese así, yo le mandase dar la pena que mereciese, y luego hice aderezar las barcas y canoas, y metí en ellas toda cuanta gente sana en mi compañía había, y enviélos con aquella guía, y fueron, y á cabo de diez días volvieron de la manera que habían ido, diciendo que la guía los había metido por unas ciénagas donde las barcas ni canoas no podían navegar, y que habían hecho todo lo posible por pasar, y que jamás habían hallado remedio. Pregunté á la guía cómo me había burlado; respondióme que no había, sino que aquellos españoles con quien yo le envié no habían querido pasar adelante; que ya estaban muy cerca de atravesar á la mar adonde el río subía, y aun muchos de los españoles confesaron que habían oído muy claro el ruido de la mar, y que no podía estar muy lejos de donde ellos habían llegado. No se puede decir lo que sentí el verme tan sin remedio, que casi estaba sin esperanza dél, y con pensamiento que ninguno podía escapar de cuantos allí estábamos, sino morir de hambre; y estando en esta perplejidad, Dios nuestro Señor, que de remediar semejantes necesidades siempre tiene cargo, en especial á mi innérito, que tantas veces me ha remediado y socorrido en ellas por andar yo en el real servicio de vuestra majestad, aportó allí un navío que venía de las islas harto sin sospecha de hallarme, el cual traía hasta treinta hombres, sin la gente que navegaba el dicho navío, y trece caballos y setenta y tantos puercos y doce bitas de carne salada, y pan hasta treinta cargas de lo de las islas. Dímos todos muchas gracias á nuestro Señor, que en tanta necesidad nos había socorrido, y compré todos aquellos bastimentos y el navío, que me costó todo cuatro mil pesos, y ya yo me había dado prisa á adobar una carabela que aquellos españoles tenían casi perdida y á hacer un bergantín de otros que allí había quebrados, y cuando este navío vino ya la carabela estaba adobada, aunque al bergantín no creo que pudiéramos dar fin si no viniera aquel navío, porque vino, en él hombre, que aunque no era carpintero, tuvo para ello harta buena manera; y andando por la tierra por unas y otras partes, se halló una vereda por unas muy ásperas sierras que á diez y ocho leguas de allí fué á salir á cierta poblacion que se dice Leguela, donde se hallaron muchos bastimentos; pero como estaba tan lejos y de tan mal camino, era imposible proveernos dellos.

De ciertos indios que se tomaron allí en Leguela se supo que Naco, que es un pueblo donde estuvieron Francisco de las Casas y Cristóbal de Olid y Gil Gonzalez de Avila, y donde el dicho Cristóbal de Olid murió, como ya á vuestra majestad tengo hecha relacion y adelante diré, de que yo tuve noticia de aquellos españoles y hallé en aquel pueblo, y luego hice abrir el camino y envié un capitán con toda la gente y caballos; y en mi compañía no quedaron sino los enfermos y los criados de mi casa y algunas personas que se quisieron quedar conmigo para ir por la mar, y mandé á aquel capitán que se fuese hasta el dicho pueblo de Naco, y que trabajase

apaciguar la gente de aquella provincia, porque quedó algo alborotada del tiempo que allí estuvieron aquellos capitanes, y que llegado luego, enviase diez ó doce de caballo y otros tantos ballesteros á la bahía de Sant Andrés, que está veinte leguas del dicho pueblo; porque yo me partiría por la mar con aquellos navíos, y con ellos todos aquellos enfermos y gente que conmigo quedaron, y me iría á la dicha bahía y puerto de Sant Andrés, y que si yo llegase primero, esperaria allí la gente que él había de enviar, y que les mandase que si ellos llegasen primero, también me esperasen, para que les dijese lo que habían de hacer.

Después de partida esta gente y acabado el bergantín, quise meterme con la gente en los navíos para navegar, y hallé que aunque teníamos algun bastimento de carne, que no lo teníamos de pan, y que era gran inconveniente meterme en la mar con tanta gente enferma; porque si algun día los tiempos nos detuviesen, seria perecer todos de hambre, en lugar de buscar remedio; y buscando manera para le hallar, me dijo el que estaba por capitán de aquella gente que cuando luego allí habían venido, que vinieron docientos hombres, y que traían un muy buen bergantín y cuatro navíos, que eran todos los que Gil Gonzalez había traído, y que con el dicho bergantín y con las barcas de los navíos habían subido aquel gran río arriba, y que habían hallado en él dos golfos grandes, todos de agua dulce, y al rededor dellos muchos pueblos y de muchos bastimentos, y que habían llegado hasta el cabo de aquellos golfos, que era catorce leguas el río arriba, y que había tornado á ensangostar el río, y que venía tan furioso, que en seis días que quisieron subir por él arriba no habían podido subir sino cuatro leguas, y que todavía iba muy hondable, y que no habían sabido el secreto dél, y que allí creía él que había bastimentos de maíz hartos; pero que yo tenía poca gente para ir allá, porque cuando ellos habían ido, habían saltado ochenta hombres en un pueblo, y aun que lo habían tomado sin ser sentidos; pero después, que se habían juntado y peleado con ellos, y hécholes embarcar por fuerza, y les habían herido cierta gente.

Yo, viendo la extrema necesidad en que estaba, y que era mas peligro meterme en la mar sin bastimentos que no irlos á buscar por tierra, pospuesto todo, me determiné de subir aquel río arriba; porque, demás de no poder hacer otra cosa sino buscar de comer para aquella gente, pudiera ser que Dios nuestro Señor fuera servido que de allí se supiera algun secreto en que yo pudiera servir á vuestra majestad; y hice luego contar la gente que tenía para poder ir conmigo, y hallé hasta cuarenta españoles, aunque no todos muy sueltos, pero todos podían servir para quedar en guarda de los navíos cuando yo saltase en tierra; y con esta gente y con hasta cincuenta indios que conmigo habían quedado de los de Méjico, me metí en el bergantín que ya tenía acabado y en dos barcas y cuatro canoas, y dejé en aquel pueblo un despensero mio que tuviese cargo de dar de comer á aquellos enfermos que allí quedaban; y así, seguí mi camino el río arriba con harto trabajo, por la gran corriente dél, y en dos noches y un día salí al primero de los dos golfos que arriba se hacen, que está

hasta tres leguas de donde partí; el cual cogerá doce leguas, y en todo este golfo no hay poblacion alguna, porque en torno dél es todo anegado; y navegué un día por este golfo hasta llegar á otra angostura que el río hizo, y entré por ella, y otro día por la mañana llegué al otro golfo, que era la cosa mas hermosa del mundo de ver que entre las mas ásperas y agrias sierras que puede ser, estaba una mar tan grande que coja mas de treinta leguas, y fui por la una costa dél, hasta que ya casi noche se halló una entrada de camino, y á dos tercios de legua fui á dar en un pueblo, donde, según pareció, había sido sentido, y estaba todo despoblado y sin cosa ninguna; hallamos en el campo mucho maíz verde; y así que comimos aquella noche y otro día de mañana, viendo que de allí no nos podíamos proveer de lo que veníamos á buscar, cargámonos de aquel maíz verde para comer, y volvimos á las barcas, sin haber rencuentro ninguno ni ver gente de los naturales de la tierra; y embarcados, atravesé de la otra parte del golfo, y en el camino nos tomó un poco de tiempo, que atravesamos con trabajo, y se perdió una canoa, aunque la gente fué socorrida con una barca, que no se abogó sino un indio; y tomamos la tierra ya muy tarde cerca de noche, y no podimos saltar en ella hasta otro día por la mañana, que con las barcas y canoas subimos por un riatillo pequeño que allí entraba, y quedando el bergantín fuera, fui á dar en un camino, y allí salté con treinta hombres y con todos los indios, y mandé volver las barcas y canoas al bergantín; é yo seguí aquel camino, y luego á un cuarto de legua de donde desembarqué dí en un pueblo que, según pareció, había muchos días que estaba despoblado, porque las casas estaban todas llenas de yerba, aunque tenían muy buenas huertas de caguatales y otros árboles de fruta, y anduve por el pueblo buscando si había camino que saliese á alguna parte, y hallé uno muy cerrado, que parecia que había muchos tiempos que no se seguía; y como no hallé otro, seguí por él, y anduve aquel día cinco leguas por unos montes, que casi todos los subíamos con manos y piés, según era cerrado, y fui á dar á una labranza de maizales, adonde, en una casita que en ella había, se tomaron tres mujeres y un hombre, cuya debía ser aquella labranza; y estas nos guiaron á otras, donde se tomaron otras dos mujeres, y guiáronnos por un camino hasta nos llevar adonde estaba otra gran labranza, y en medio della hasta cuarenta casillas muy pequeñas, que nuevamente parecían ser hechas, y según pareció, fuimos sentidos antes que llegásemos, y toda la gente era huída por los montes; y como se tomaron así de improviso, no pudieron recoger tanto de lo que tenían, que no nos dejaron algo, en especial gallinas, palomas, perdices y faisanes, que tenían en jaulas, aunque maíz seco y sal no la hallamos. Allí estuve aquella noche, que remediamos alguna necesidad de la hambre que traíamos, porque hallamos maíz verde, con que comimos estas aves; y habiendo mas de dos horas que estábamos dentro en aquel pueblezuelo, vinieron dos indios de los que vivían en él, muy descuidados de hallar tales huéspedes en sus casas, y fueron tomados por las velas que yo tenía; y preguntados si sabían de algun pueblo por allí cerca,